

Prólogo a la nueva edición

Han transcurrido muchos años desde la primera edición de este libro, que respondía a los reiterados intentos por parte de un sector integrista de la Iglesia católica de descalificar el estudio crítico de la Biblia. Sin embargo, lamentablemente las lecturas literalistas y doctrinarias siguen reinantes, lo que hace que nuestra respuesta siga tan vigente y necesaria hoy como ayer; tan así que seguíamos oyendo pedidos que se reedite el libro. El CEP, editor del texto, ha recogido esos pedidos, y de común acuerdo decidimos responder afirmativamente.

Valga anotar que, desde que se publicó este texto (1997), ha habido algunos hitos importantes relacionados con la Biblia. El más notable de ellos fue el Sínodo de obispos en Roma en octubre de 2008, dedicado a la Biblia en la vida de la Iglesia, cuyo fruto maduro es la Exhortación Apostólica del papa Benedicto XVI, *Verbum Domini*. Un extenso párrafo dedicado allí a la hermenéutica (ns. 29-47) nos confirma en la rectitud, pertinencia y actualidad de nuestra exposición en este libro.

Esta edición, además de algunas correcciones y actualizaciones, ha sido enriquecida con un apéndice dedicado a lo que hoy es una creciente corriente ideológica en el mundo: el

fundamentalismo, que en lo religioso lleva a cabo una lectura literalista de los textos, con obvias consecuencias perniciosas en su aplicación a la vida, como se observa en el islamismo y en no pocos movimientos pentecostales.

Mi compañero durante varias décadas de andanzas en el mundo bíblico, Manuel Díaz Mateos, coautor de este libro, partió hacia la casa paterna. Por eso, el que suscribe y el CEP no podemos menos que dedicarle esta edición como testimonio público de admiración y gratitud.

Eduardo Arens K.

Presentación

Estimo que el presente libro va a cumplir una función muy importante. He visto con mucho gusto que el interés por el conocimiento de la Biblia se ha incrementado enormemente en los últimos decenios, pero con frecuencia la lectura de la Biblia y su interpretación se han hecho con criterios poco claros: o se ha tendido a una interpretación literal, que en varias partes del sagrado texto no era la intención del autor, o se le ha dado interpretaciones antojadizas según los prejuicios o presupuestos de los lectores. La Santa Sede ha publicado un documento sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia, pero con frecuencia no está al alcance de muchísimas personas.

Este libro quiere señalar la importancia de un estudio crítico del texto, no para reemplazar una comprensión espiritual del mismo sino precisamente para fundamentar esta lectura sobre bases sólidas. Señala los muchos niveles y dimensiones que se debe tener en cuenta para que se comprenda lo que el texto mismo quiere decir. Sólo así se puede proceder luego a una lectura más profunda realizada en oración. La oposición que algunos hacen de estas dos formas de lectura perpetúa la falsa contraposición de ciencia y religión o de razón y fe,

pero el hombre es uno y Dios es el autor de la razón humana y de la fe.

Queda, creo, bien claro que los autores no quieren que la Biblia se lea exclusivamente con los fríos ojos de la razón crítica, pues eso lo puede hacer inclusive un no creyente, pero insisten en que ese debe ser el primer paso o al menos una preocupación constante para no traicionar el texto en su significación original. A esto debe seguir la pregunta de qué es lo que Dios me dice a mí hoy. No que haya de proceder a una comprensión individualista e intimista de la Palabra de Dios, pero sí una lectura que me toque como persona. La Palabra de Dios convoca a la Iglesia y la fe la constituye como comunidad.

Lima, 16 de julio de 1997.

Óscar Alzamora Revoredo
Obispo auxiliar de Lima.

Prólogo

“Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano”, nos recordaba el Concilio Vaticano II hace ya unos años (DV 12). Eso quiere decir que su palabra llega a nosotros a través de la riqueza y la limitación del lenguaje humano, igual que la imagen del Dios invisible se ha hecho visible para nosotros en el rostro humano de Cristo (Cfr. DV 13).

El misterio de la Encarnación es central en nuestra fe y es, al mismo tiempo, una clave de interpretación de la Palabra de Dios de la Escritura. Pero, por eso mismo, es también fuente de escándalo para los creyentes. De no ser así, Cristo y su palabra se hubieran impuesto a los contemporáneos como palabra de Dios. Y todos sabemos que Cristo fue piedra de escándalo para los creyentes judíos porque, siendo hombre, pretendía ser Dios (cfr. Jn 5,16-18). Los esquemas rígidos sobre Dios y su modo de actuar o de hablar les impedían ver en Cristo al revelador auténtico de Dios.

Por otro lado, encontramos en los evangelios la audacia de los que aceptan el misterio y se atreven a proclamar, contra toda evidencia, que “verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15,39). La palabra de Dios, encarnada en lenguaje

humano, que tiene su máxima expresión en Cristo, participa también de este escándalo del creyente ante la palabra. Por un lado están los que, por preconceptos y esquemas rígidos sobre Dios y su actuación, niegan la humanidad del lenguaje y su encarnación en estilos, géneros o circunstancias históricas innegables sujetas a estudios científicos sobre la palabra, y por otra, los que reconocen que a través de la carne humana de la palabra nos llega la revelación de Dios. Es decir, se trata de la oposición que algunos sectores quieren marcar entre el estudio espiritual y científico de la palabra encarnada.

Las páginas que siguen pretenden mostrar que el estudio científico y humano de la palabra no sólo no está contra la fe y el magisterio de la Iglesia sino que es el presupuesto necesario e insustituible para la correcta lectura. Son una invitación a aceptar el misterio de la encarnación con todas sus consecuencias y superar el escándalo de la palabra.

El uso frecuente de la Biblia, que es uno de los frutos del Concilio, ha enriquecido la teología y la vida de la Iglesia. Sin embargo, la aproximación a la Biblia, para muchos sectores de los fieles, no se hace ni con la seriedad y riqueza que los estudios modernos sobre la Biblia han aportado, ni con las orientaciones que la misma Iglesia ha ido dando a los creyentes. Tenemos así una contradicción que tiene graves consecuencias para su vida misma: la contradicción de sectores que leen la Biblia desconociendo los documentos oficiales en los que la jerarquía presenta orientaciones para leerla. Tenemos aquí un punto importante sobre el cual debemos hacer un “examen de

conciencia”, según la indicación de la *Tertio Millennio*: “la recepción del Concilio” por parte de los miembros de la Iglesia (n.36). Nos referimos a documentos como la *Dei Verbum*, la instrucción *Sancta Mater Ecclesia* y la instrucción sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Son documentos desconocidos para el gran público cristiano. Como consecuencia de este desconocimiento debemos lamentar el predominio todavía entre nosotros de lecturas de fuerte tendencia fundamentalista, hechas bajo el pretexto de fidelidad y de consideración de la sacralidad del texto de la Biblia. Como trataremos de mostrar en estas páginas, cuesta admitir el misterio de la encarnación de la Palabra, por el que se integran lo humano y lo divino en unidad inseparable. El discurso del Papa presentando el documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* tiene como eje nada menos que el misterio de la Encarnación, clave para entender el misterio de la encarnación de la Palabra de Dios en palabras de hombres.

Es frecuente encontrarse por eso con una contraposición: por una parte la jerarquía de la Iglesia nos exhorta a informarnos de los avances a los que en materia bíblica hemos llegado y leer de manera consecuente con ello la Biblia, y por otro lado algunos grupos de la Iglesia insisten en sembrar dudas y desconfianza sobre la lectura “moderna” de la Biblia que, según ellos, está en “crisis”. Esta contraposición explica nuestro escrito, que quiere ser una “protesta con propuesta”, para utilizar una expresión tan arraigada en nuestro medio.

Nuestra preocupación pastoral nace de la toma de conciencia de la responsabilidad que la Iglesia misma pide a todos, incluidos los laicos, cuando en el *Catecismo de la Iglesia Católica* dice, citando el Código de Derecho Canónico 212,3: “Tienen

(los laicos) el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de *manifestarla a los demás fieles...*” (n.907). Queremos ejercer este derecho-deber como servicio a todo el pueblo de Dios.

Nos proponemos, por eso, presentar algunos aspectos fundamentales relativos a la Biblia en los que la jerarquía de la Iglesia se ha pronunciado en una dirección y en los que ciertos católicos, incluidos sacerdotes, no se han dado por enterados.

Si escribimos estas páginas es porque queremos compartir con nuestros hermanos en la Iglesia una riqueza que no es nuestra sino de todos, y una preocupación de fidelidad a un magisterio, olvidado por algunos, que a todos ayudaría a integrarnos más como Iglesia por el diálogo fructífero y fraterno. Como nos decía el Concilio, es necesario “que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles. Los lazos de unión de los fieles son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo”¹. Las palabras del Concilio no han perdido actualidad, y nosotros queremos ofrecer nuestro pequeño aporte como servicio a la unidad en la diversidad y en la libertad.

1 *Gaudium et spes* (GS) n.92, citando a Juan XXIII en su encíclica *Ad Petri cathedram*.

PRÓLOGO

Nuestra propuesta quiere ser un servicio fraterno y eclesial, hecho desde nuestra especialidad, agradecidos al Magisterio que “estimula, admira y respeta la *vocación del teólogo*, cuya función es lograr una comprensión cada vez más profunda de la Palabra de Dios contenida en la Escritura inspirada y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia”².

2 Discurso inaugural de Juan Pablo II en Santo Domingo, n.7, citando la instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre *La vocación eclesial del teólogo*, n.6.